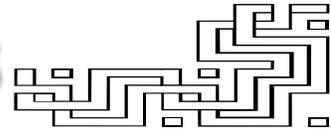


Conociéndonos



S u s a n a L ó p e z Hernández es licenciada en psicología, egresada de la Universidad Veracruzana, con especialidad en el área clínica. Lleva viviendo en Ciudad del Carmen nueve años. Inicialmente entró a trabajar como docente en la escuela preparatoria y, después, la asignaron al Departamento de Orientación Vocacional en el área de psicología, como encargada a todo lo que se refiere a las pruebas psicológicas. Cuando la preparatoria se pasó a lo que es el Campus II, el área de facultades se quedó sola, sin ayuda psicológica, y así estuvo durante un buen tiempo.

“A partir de noviembre se suscitaron algunas situaciones emocionales en los alumnos de las diferentes facultades. Los canalizaron al Campus II, a mi área, pero por algún motivo o razón los

muchachos no querían ir. Entonces se generó la necesidad de cambiar el departamento, el área de psicología, a las facultades para proveer ayuda a los muchachos. Es por eso que desde noviembre de 2003, estoy en el Campus Principal”.

Los resultados, durante los ocho meses que lleva en el Campus Principal, no los pone en evidencia. Los jóvenes han requerido de los servicios de esta dependencia, ya sea con ella o con la otra psicóloga que está ayudando aquí. Han sido atendidos muchos casos por depresión, intentos de suicidio, problemas emocionales o familiares, rompimientos o separación de noviazgos, en fin.

Explica que actualmente ayuda al Departamento de Tutorías, específicamente al Programa Institucional de Tutorías, dando cursos. “En abril y mayo estuvimos dando un programa de apoyo psicológico a facultades, estuvimos trabajando en varias áreas donde las facultades tienen problemas, dimos seminarios, conferencias, talleres.

“Particularmente, me siento bien con el cambio de la preparatoria a licenciatura, porque sigo haciendo lo que me gusta; simplemente, es que estás tratando con otro tipo de personas, son otros problemas más específicos con los jóvenes que con los adolescentes. En la preparatoria estás trabajando en problemas típicos de la adolescencia, como son los cambios emocionales, los cambios físicos, los problemas que éstos conllevan con los familiares, con los padres, con los hermanos; en las facultades se atienden problemas con otro tinte; los alumnos son más maduros, tienen otro tipo de problemáticas y siguen más las instrucciones. La diferencia es que en la preparatoria tienes que trabajar con padres, y en facultad no; aquí es directamente con el joven, y también con profesores”.

La psicóloga López Hernández tiene dos hijos: un jovencito de 15 años, que



estudia en el segundo semestre de preparatoria, y una nena de 3 años. También tiene una hermana, casada y con tres hijos. De ella, dice: “Nos llevamos muy bien, a pesar que sólo nos vemos los fines de semana; obviamente yo por mi trabajo, y ella porque se dedica al hogar y a su familia. No nos podemos ver tan seguido como quisiéramos. Mi esposo es buzo. Trabaja en una compañía y se va al área; de un mes que él se va, catorce días convivimos. La relación con nuestros hijos es muy buena. Como hay mucha diferencia de edad entre mi hijo y mi niña, pues como que me encuentro en dos situaciones bien encontradas.

“Me gusta leer y escuchar música, sobre todo la de Kenny Yee: instrumental. Pero también depende de lo que esté haciendo. Si me pongo a hacer la talacha en mi



casa, me gusta oír música movida, como la salsa; también me gustan las canciones de Luis Miguel, por el romanticismo, o las de Arjona, según el estado de ánimo. En cuanto a leer, leo de todo: comics, revistas, ciencia, novelas. Me gusta ver televisión, sobre todo los noticiarios. Por la mañana, Adela Micha y, por las noches, López Doriga. Me gustan los programas con temas de investigación. Hay uno que pasan en Discovery de cómo resuelven asesinatos, de detectives, sobre todo porque en mis planes está hacer una especialidad en psicología criminalística. Por ello, me llama mucho la atención todo lo que tenga qué ver con investigación policiaca.

“Cuando mi hija nació, me aparté mucho de lo que es la capacitación o el desarrollo profesional. Ahora mi hija ya está en una edad donde la puedo dejar encargada con alguien. Ya me puedo ausentar. Ya quiero empezar algunos cursos, o actividades, donde me pueda ausentar si es que tengo que hacerlo. Uno de mis proyectos que pretendo hacer antes de que termine el año es mi titulación de la maestría en Docencia y Asesoría de Calidad, aquí mismo en la Unacar. Por una cosa u otra, no me había

podido titular, pero estoy en esto. Me quiero titular antes de que termine el año. Es para ver alguna promoción, si es que se puede, si no pues al menos ya tendré mi título y a ver qué otras cosas se pueden hacer. De entrada, lo primero es mi titulación y ver si puedo hacer una especialidad en psicología criminalística, uno de mis objetivos a corto plazo. A largo plazo, pues, no puedo decir. Tengo qué ver si hay alguna otra propuesta, algún otro trabajo en algún otro lugar; si es buena la oferta, la tomaría, porque no puedo decir que me quedaré aquí eternamente.

“De la época que más me acuerdo es de la secundaria. En aquella época las mamás nos tenían un poquito más limitados. Antes tenías que pedir permiso, avisar a dónde ibas. En esta época los chicos nada más te dicen, adiós. Recuerdo a mi mamá. Era una mujer muy dominante, pero no inflexible. Cuando te decía no, era no, pero a veces podías convencerla; una de las cosas que decía ‘la escuela es para estudiar, no para andar de novia ni para andar haciendo relajo’. Entonces, yo recuerdo que, cuando suspendían clases yo me iba derechito a mi casa. No me daba por irme a la playa, ni al centro, ni a ningún otro lugar.

“Recuerdo mucho mi primera declaración de amor. Estaba en segundo año de secundaria cuando un muchacho se me declaró. Lo primero que se me vino a la mente es que si mi mamá lo sabía, me iba a regañar y, en todo caso, hasta me iba a pegar. Aun cuando yo le dijera al muchacho que no, el muchacho nunca me cayó mal. Era compañero de mi grupo, pero no me gustaba. Entonces a mí me daba pena decirle que no, pero tampoco podía decirle que sí, y lo único que hice fue ponerme a llorar. Cuando él se me declaró, me puse a llorar, y el pobre cuate se espantó, y me dice: ‘no llores, espérame, tranquila’. Y yo no podía parar de llorar, precisamente porque me sentía mal, porque me daba pena el muchacho, pero a la vez me ponía a pensar en mi mamá.

“Y a raíz de eso, pues, tuve muchos pretendientes en la escuela. No sé por qué, ya que no soy la belleza ambulante. En la escuela no puedo decir que fui una alumna brillante, pero tampoco fui de las malas. Digamos que fui una alumna promedio. Me gustó mucho esa época, sobre todo, por los amigos que tuve; por los profesores y, además, que la escuela era sumamente grande y me encantaba.

“De esa época aún conservo una amiga, desde que estábamos en primero de secundaria. Ella vive en Veracruz. A veces la visito en vacaciones, pero sólo puedo ir en las vacaciones largas que son las de diciembre y julio. Cada vez que voy, le hablo por teléfono y, si acaso, un café nos tomamos. Dejamos a nuestros hijos, nos vamos a tomar un cafecito solas, y repasamos todo. Su nombre es Delfina Luna Pizarro de Serrano. Su mamá falleció hace dos años. Su papá aún vive en Veracruz.

“Hay una frase que alguna vez me llegó cuando estaba en secundaria y, hasta el día de hoy, la sigo: ‘lo que ha de ser, será; y por mucho que quieras hacer por cambiar el destino, no podrás’”.

El mensaje que deja la psicóloga Susana López Hernández a los lectores de *Gaceta Universitaria* es: “Sigán sus instintos, hagan lo que quieran ser porque la decisión que tomen, siempre será la correcta; pero si sientes que no es la adecuada, pues simplemente hay que tomar otro camino”. Es una cuestión de ensayo y error. (SJS/RJRC)

